

Dos o tres cosas sobre la Historia Literaria

(I)

El profesor Soria Ortega exponía, sobre 1967 y en un Coloquio centrado en la historia y estructura de la obra literaria (CSIC, 1971), la frecuente precariedad intelectual que se observa en las memorias docentes de filología española. Más concretamente, Andrés Soria subrayaba la diferencia que suele advertirse entre los capítulos dedicados a la lengua y aquellos dedicados a la literatura: mientras en los primeros el autor del proyecto se esfuerza en incorporar a su reflexión, planteamientos y bibliografía, los avances de las últimas corrientes lingüísticas -léase estructuralismo(s), las distintas etapas de la GGT, la lingüística del Texto, etc.- ofreciendo un aspecto innovador (independientemente de los resultados) y preocupado por el debate de fondo sobre la propia actividad; los apartados dedicados a **Literatura**, por el contrario, son mucho más convencionales: *Todo es aquí viejo* -escribe Soria- *y emana un tufillo caduco, trasañejo, hasta el punto de pensarse en dos manos distintas: una para extenderse en el apartado de la lengua y otra para copiar unas improvisadas y manidas respuestas para contestar a los lugares comunes que abarcan los fundamentos de la historia literaria* (p.3).

Y es que, en efecto, la enseñanza de la literatura se ha caracterizado por

su corte tradicional e indiferente a los conceptos nuevos que han surgido, inevitablemente, en el ámbito de la teoría literaria. Las novedades no se han incorporado, por lo general, a la praxis docente e investigadora. Todavía muchos de nosotros aprendimos en unos manuales de literatura donde lo único relevante era memorizar una retahíla de datos biográficos y títulos de libros. Títulos importantes, desde luego, pero vacíos las más de las veces para el estudiante pues no iban acompañados de la necesaria experiencia lectora (como no fueran aquellas antologías que solían agregarse -y a veces se incorporaban- al propio manual de estudio). Así, fechas, obras y escuelas bailaban desacompañadamente obstaculizando el menor atisbo de comprensión, y cuando, al fin, se establecían las necesarias conexiones éstas parecían ser fruto de la inspiración, antes que del estudio. Sin embargo, la reacción no se hizo esperar y trajo consigo un rechazo diría que absoluto del método histórico al que se ha acusado de erudición plúmbea, pedantería, indiferencia por los valores estéticos y, en suma, de farragosidad. Y que se ha sustituido, como se sabe, por el análisis textual: ahora se corre otro peligro y es el de atiborrar al alumno, todavía inmaduro intelectualmente, con todo tipo de comentarios ofrecidos desde las más variadas, incluso desconcertantes, ópticas teórico-críticas ¹.

Sea como fuere, las cosas han cambiado desde 1967, cuando lo planteara Soria, tanto desde una perspectiva investigadora como docente. Aunque, en general, deba admitirse que la renovación en los planteamientos de la metodología literaria proceden en su mayoría de la lingüística: el interés cre-

cientemente mostrado por los lingüistas hacia la lengua literaria ha sido el motor de un proceso de renovación y transformación que parece ya en marcha (y no del todo reflejado en los proyectos docentes que suelen presentarse, según exponíamos más arriba). En este sentido, las aportaciones de Carlos Bousoño, F. Lázaro Carreter, Antonio Prieto, A. García Berrio y algunos más han resultado decisivas en la formación de las promociones universitarias recientes.

No obstante, en la pluralidad de enfoques teóricos que caracteriza a la crítica actual, llama la atención la penuria en que se halla la metodología y epistemología sobre historia literaria². Este vacío me lo sugiere la lectura de un estudio muy estimable que viene a recordar, entre otros méritos, la necesaria coordinación de la sincronía con la diacronía; del sistema con el polisistema, en palabras de autor. Se trata del libro del profesor canadiense Clément Moisan: *Qu'est-ce que l'histoire littéraire* (Paris, PUF, 1987) que ofrece el inconveniente, para nosotros, de centrar la reflexión y estudio en el dominio francés. Moisan plantea cómo, después de la fortísima oleada estructural, se observa una vuelta a la historicidad pero a través y dentro del texto literario: la necesidad de conjugar en una misma *historia* el análisis de las obras, tomadas éstas como actitudes ideológicas y estéticas reales, con la biografía de sus autores, configurada en términos de trayectoria y estrategias vitales³, y una periodización fundada en la configuración del campo social de la práctica estudiada.

Parece que nos hallamos lejos ya de la dicotomía entre *historia* y *literatura* enunciada en 1963 por Roland Barthes aunque, indudablemente, el problema

que se le plantea a la (nueva) historia literaria sea el de vincular el método estructural (cuyos avances en el ámbito de las humanidades son indiscutibles) con la hermenéutica histórica, problema que también se halla en el origen de las distintas aproximaciones de la teoría literaria contemporánea. Tal vez el primero en formular el esquema de esta nueva orientación, es decir de formular la historia literaria como *sistema* haya sido H.R. Jauss. Y para apoyar la idea de que su teoría de la recepción es un sistema, Jauss la relaciona con aquella de Saussure: *La producción y la recepción literarias* -escribe Jauss- *actúan de la misma manera que parole y langue; y ello porque es posible formular la historia literaria como un sistema construido por una serie de secciones sincrónicas, y de traducir el conjunto de obras autónomas, que se influyen mutuamente, en una historia estructural de la literatura y de sus funciones* (1978, 245).

El interés de la obra de Moisan es triple y sus propuestas suponen una superación del conocido e insuficiente manual de Oscar Tacca (Gredos, 1968) sobre la cuestión. En primer lugar, se describen los problemas teóricos de la historia literaria de ayer y de hoy. Como le ha ocurrido a la otra historia, la historia literaria está en crisis: su práctica y metodología sufre, a lo largo del siglo XX, un proceso de *cuarentena*. Una vez compartida por todos la inconsistencia del concepto *historia* como un conjunto de hechos escogidos (los *microhechos* que define Greimas) y provistos de un dinamismo o desarrollo interno, los estudios literarios llevaron su atención por otros derroteros. De modo que la historia literaria ha ido perdiendo, con los años, su estatus de disciplina intelectual

de primer orden para convertirse en un quehacer divulgador (en su forma más torpe, un catálogo), más bien superficial y de escaso interés científico. Se ha olvidado, además, la diferencia que debe mantenerse entre la historiografía literaria, como síntesis, y la labor histórico-literaria (forzosamente una labor de análisis)⁴. Moisan reflexiona sobre esta situación y sobre qué modelo de historia literaria se puede adaptar: una especie de prolongación del estructuralismo *-sistemismo* lo denomina Moisan-. Y sistema es la idea clave pues implica organización: en su interior los elementos se desplazan en función unos de otros; su posición determina un orden que recibe el nombre de *circulation routière*. Según este enfoque, desaparecen las nociones de progreso, apogeo o decadencia. Sólo hay movimiento.

Un capítulo muy interesante del estudio es el que dedica Moisan a la interpretación de la historia de la literatura: no se puede pretender, en efecto, que la literatura sea una realidad clara en sí misma, de manera que surge la necesidad de interpretarla. Pero, dada la dosis de arbitrariedad que domina esta operación de esclarecimiento, la interpretación conduce a la manipulación (más axiológica que ideológica, tratándose de la historia de la literatura). En este sentido, el autor distingue dos tipos de discurso, ambos presentes en los manuales al uso: el *hipodiscurso* y el *hiperdiscurso*. Al primero corresponderían los datos en bruto o invariantes *-informants*, según Barthes- que aportan un conocimiento objetivo e inmediatamente comprensible para el lector (i.e. todos los datos indiscutibles de la biografía de un escritor). Por el contrario, el hiperdiscurso pertenece al dominio de la connotación, en-

tendida como segundo nivel de significación. Las unidades que lo integran son variables *-indices*, si seguimos a Barthes- que implican una labor de desciframiento: contienen significados implícitos que, generalmente, sólo se perciben después de la primera lectura, en lecturas sucesivas. A diferencia pues de las invariantes, o *informants*, su significación completa requiere la consideración de todo el programa narrativo que constituye el manual.

Por otra parte, la dimensión didáctica de la historiografía literaria es fundamental, como instrumento de transmisión de conocimientos en el aparato escolar. Sobre ello, la opinión de Moisan es concluyente: la escritura de la historia literaria debería ser o bien *ficción* (relato, narración, invención), o bien informática (es la única que no implicaría valoraciones y se alejaría por tanto de los rasgos hiperdiscursivos que condicionan la lectura). Pues escribir, o reescribir, la historia literaria a la manera tradicional -todavía la única de que disponemos- constituye una tarea utópica que, en el límite, podría resolverse si se concibe el hecho de trabajar en equipo y de una manera pluridisciplinar.

También en España surgen voces que reclaman una aproximación más creativa y menos profesional al estudio de los textos (una de las posibilidades apuntadas por Moisan); más acorde quizá con los humores personales, sin renunciar por ello a la historia y a la dignidad de los hechos; un poco al estilo de Michelet cuando afirma: *Mon oeuvre était pour moi (plus qu'un livre) la voie de l'âme. Elle m'a fait et a fait ma vie*. Son las palabras que rubrican su famoso prólogo a la *Histoire de France* de 1869 y que anticipan un concepto de la historiografía

más vinculado a la realización personal que al gusto por la erudición, o del saber por saber. Engarzar los textos con los tiempos desde una óptica personal y con voluntad de estilo era también la idea central que afloraba de la praxis de Milá y Fontanals, Menéndez Pelayo o Rubió Balaguer. Y define asimismo, en la actualidad, el talante intelectual de valiosos especialistas. Y es que, claro, la historia y la literatura están hechas de supervivencias e innovaciones, de olvidos y retornos, como todo lo demás.

Anna Caballé

NOTAS

(1) Dos artículos de Germán Gullón en HISPANIC REVIEW (1981/2 y 1985/1), al hilo de reseñar sendos libros sobre el siglo XIX, plantean la desorientación causada por el pluralismo crítico actual. Sin ánimo de liquidar, tan ligeramente, el problema, me parecen sugestivas sus observaciones. Señalemos, como muestra, que el primero de los artículos-reseñas se abre con una cita, ya célebre, de Serge Doubrovsky:

"¿Te gusta Barthes?
Dime quién te gusta y te diré
quién eres"

(Y no sin razón José María Valverde se burla irónicamente del comentario de textos, materia obligatoria en BUP y COU, subrayando su carácter antipedagógico y descorazonador para el alumno -en las últimas páginas de su librito: La literatura. Qué era y qué es, Barcelona, Montesinos, 1982).

- (2) De modo que es probable que, junto a los abusos cometidos por el historicismo de corte positivista, parte del problema resida en lo poco que se ha reflexionado sobre lo que sea la historia literaria: "Se ha escrito mucha historiografía pero poca historiología", comenta José Luis L. Aranguren, haciendo hincapié en la necesidad de resolver las cuestiones que plantea la aplicación de la historia (en "Maravall: Historia de las mentalidades y moral social", REVISTA DE OCCIDENTE, núm. 73, junio 1987, p.21).
- (3) La biografía, tal como la conocemos, es una pieza fundamental en los manuales de estudio. El discurso biográfico, presentado siempre bajo la forma de un relato, no es únicamente el primero en un sentido espacial (pues con él se suele abrir el capítulo); ocupa también una posición estratégica de inocencia: al preceder siempre al análisis de la obra, condiciona -en opinión de Moisan- su lectura. En cierto modo justifica de antemano los juicios que se formularán sobre ella.
- (4) Así concebía ya la tarea de la historiografía moderna el profesor Jordi Rubió Balaguer, cuando nos dice: "Toda historia literaria es el resultado de la fusión de diversos elementos. Requiere en primer lugar la información de la bibliografía para poseer un inventario de las obras a estudiar. En segundo término, ediciones y estudios críticos de tales obras. Pero la bibliografía y los textos han de ser coordinados e interpretados de acuerdo con una ley o, si se prefiere, con un criterio histórico que informe y dé sentido orgánico a lo que, de otra manera, no pasaría de ser una fría e inconexa alineación de títulos" (en HGLH, I, 645).